

DOS TRANSICIONES

David Ibarra
3 de julio de 2003

México, desde comienzos de la década de los ochentas, imprimió profundas alteraciones en su estrategia de desarrollo, su estructura productiva y sus instituciones económicas. La apertura externa, la desregulación, han provocado acomodados estructurales en la fisonomía y la fisiología de la economía nacional. La transición ha sido fiel a fuerzas externas más que a las de orden propio. El modelo de crecimiento proteccionista y de un difundido intervencionismo estatal fue suplantado por el de la liberación económica interna y externa. Se quiere hacer de los mercados foráneos la fuente del desarrollo, aceptando los beneficios y costos de profundizar las relaciones de interdependencia-dependencia con otros mercados y países.

Un agente principalísimo del cambio --no el único-- ha estado constituido por la acción de las empresas transnacionales a través de su instrumento principal, la inversión extranjera. Ambas han contribuido a la modernización de la producción y a la transformación de la economía mexicana, manifiesta principalmente en la creación de nuevos polos exportadores, en la recomposición, para bien o para mal, de los eslabonamientos interindustriales y en la absorción de algunas tecnologías mejoradas.

El acceso privilegiado de las empresas transnacionales a recursos tecnológicos, humanos, financieros y su presencia simultánea en múltiples mercados, les dan ventajas innegables, incluso cuando desplazan o compran empresas vernáculas. Sin embargo, las decisiones estratégicas de esos consorcios pueden contrariar o no coincidir con los propósitos de los gobiernos de las economías huésped, o encapsular a estas últimas en especializaciones inconvenientes a su desarrollo de largo plazo. Adviértase aquí que la inversión extranjera y la estructura internacional de la producción están determinados en

alto grado por los apremios competitivos entre empresas oligopolistas a escala mundial, más que por los imperativos del desarrollo de los países periféricos.

El auge de la inversión extranjera ciertamente prolifica la difusión geográfica, descentralizada, de las redes productivas transnacionales, pero a la par centraliza las decisiones de los nuevos poderes económicos del mundo. En consecuencia, hay actores privados en el escenario internacional con quienes los gobiernos del Tercer Mundo están también obligados a negociar, a formar alianzas, que les permitan consolidar ventajas comparativas de beneficio compartido.

Nótese que la transnacionalización de la producción y el intercambio dan origen a formas de competencia en que las grandes empresas escapan a los mercados y a muchos de los controles de la mano invisible a través de la internalización de decisiones en grandes cadenas integradas vertical y horizontalmente. Ya la innovación tecnológica está dominada por los centros de investigación de esos consorcios, como el comercio mundial lo está por las transacciones intrafirmas de matrices y filiales. A mayor abundamiento, la globalización no queda exenta de producir fallas de mercado, sea en la transmisión amplificada de las fluctuaciones cíclicas y contagios financieros, en el abasto precario de bienes públicos, en la distribución asimétrica de beneficios entre países o en el descuido de la ecología.

Puesto en términos más directos, aunque el gobierno haya reducido el intervencionismo económico tiene nuevas y más complejas responsabilidades que lo alejan de una configuración minimalista. No podría abdicar a la función de conducir la economía nacional y de orientar la consolidación de los mercados y del sistema empresarial en transición. Aun para las empresas extranjeras se trata de funciones vitales, sea en el suministro de bienes públicos, la modernización de la infraestructura

física, educativa y de servicios o en la creación de un clima estable en lo macroeconómico y lo social.

El propio gobierno tampoco podría renunciar a la meta de alcanzar desarrollo sostenido con equidad, como medio de modernizar la economía y evitar la proliferación de tensiones sociales; ni hacer a un lado los intentos de neutralizar --aunque fuese imperfectamente-- los efectos de las oscilaciones económicas nacidas en el exterior. No es casual que los países industrializados pequeños de Europa o de Asia, muy abiertos al comercio exterior, sean los que mejor han completado las redes de protección social de la población frente a esos y riesgos semejantes.

La globalización ha creado múltiples interconexiones entre las economías que lo mismo transmiten la prosperidad de los centros --como ocurrió con el auge norteamericano de los años noventas-- que las depresiones o crisis, aun las nacidas de economías periféricas --como sucedió con la crisis de Tailandia de 1997-- que contagia a varios países del sudeste asiático, afectando incluso a las naciones industrializadas o al menos a sus centros financieros.

Construir instituciones, políticas prudenciales de carácter económico y social es insoslayable por cuanto no sólo el Tercer Mundo está inmerso en un proceso de transición al mundo globalizado, la propia globalización --de ahí la incertidumbre reinante--se encuentra en medio de otro proceso geopolítico inacabado de adaptación y cambio.

Pese al intenso avance del fenómeno transfronterizo de fusiones y adquisiciones de empresas, la configuración final de las redes transnacionales de producción y comercio, con impactos enormes en la división internacional del trabajo, todavía nos remite al futuro. De otro lado, el mundo experimenta disparidades distributivas insostenibles, sea entre países o entre grupos sociales de cada nación, descuido ecológico

y hambre generalizada, fenómenos que están asociados directa o indirectamente a la globalización. Al propio tiempo, la revolución tecnológica en marcha no ha agotado sus efectos transformadores de las estructuras sociales y políticas de los países, como se manifiesta en el desarreglo de los mercados de trabajo. Por último, la primacía económica de los Estados Unidos pudiera ser transitoria si, por ejemplo, el avance de la Unión Europea nos devolviese a un mundo multipolar. Se trata de problemas que hasta ahora se han evadido en el debate, en el diseño e instrumentación de estrategias o en la creación de instituciones de alcance nacional e internacional.

La moraleja es clara. México tiene que formular deliberadamente políticas y celebrar alianzas con gobiernos y consorcios transnacionales para afianzar el futuro de su inserción en los mercados globalizados. El *Laissez-faire* pasivo y la proliferación de tratados de libre comercio no bastan. Asimismo, se debieran crear instituciones que abriguen lo más posible al país y a sus habitantes de los riesgos extremos del péndulo de la interdependencia internacional que lo mismo puede aportar beneficios que sumirnos en la depresión y el atraso.